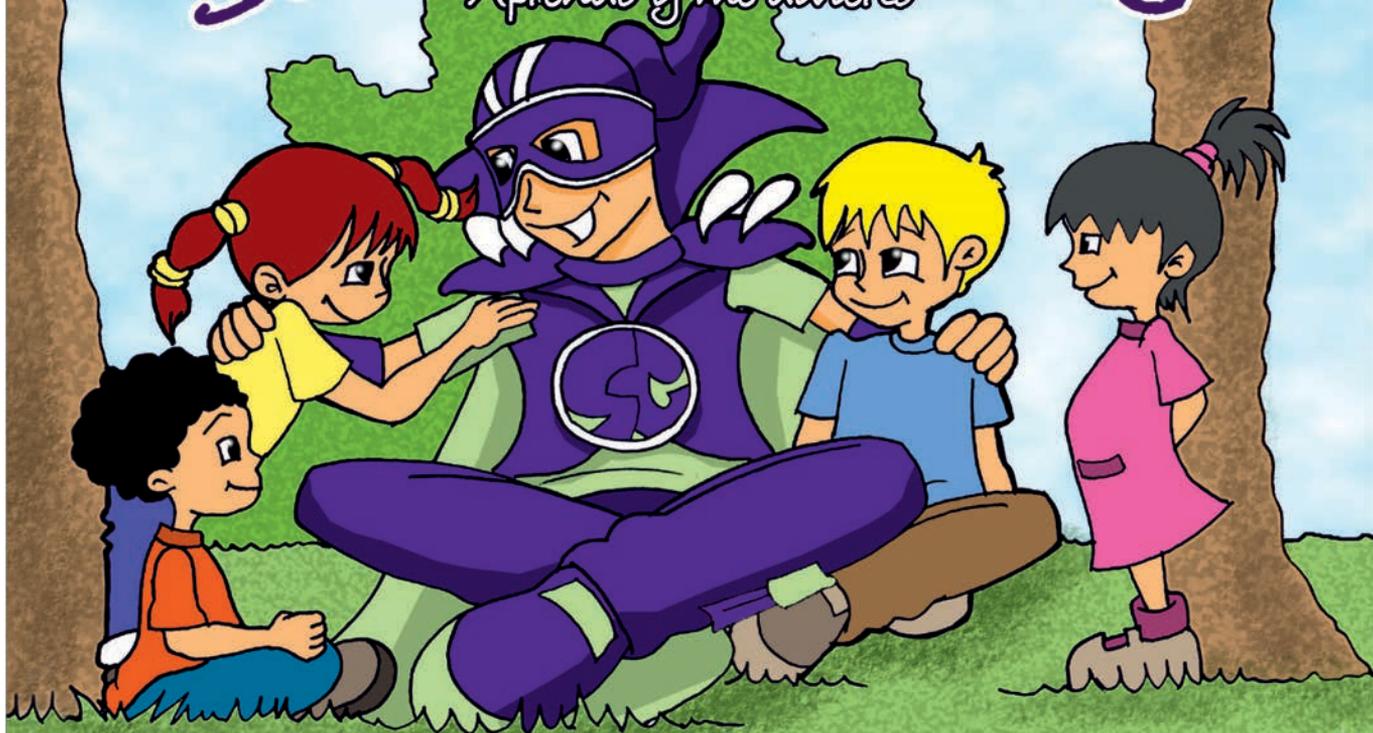


MI AMIGO EL
SEÑOR CARAMELO
Aprendo y me divierto



Maikel Píriz

peks
EDICIONES

Diseño de cubierta: Damián Corujo
Diseño de interior: Bruno Bittencourt
Ilustraciones: Marcelo Silveira
Correctora: María José Gagliardi
Editora: Lucía Curbelo de la Cruz

“Mi amigo el Señor Caramelo”

Maikel Píriz

1ª edición

©2013, Maikel Píriz

©2013, Editorial Pesur

978 - 9974 - 8347 - 8 - 1

Todos los derechos reservados, bajo las sanciones establecidas en la ley. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso del editor.

Por cualquier consulta, comentarios al autor o sugerencias escriba a:

Info@pesurediciones.com

Facebook: pesurediciones

Twitter: @pesurediciones

Bulevar Artigas 2173, Montevideo, Uruguay

www.pesurediciones.com

o llame al 24033426

Datos del autor



*Nombre: Señor Caramelo.

*Edad: desconocida.

*Ciudad natal: Caramelolandia.

*Ocupación: enseñar, alentar y rescatar.

*Sus armas letales: la risa y la dulzura.

*Súper poderes: llevar por el buen camino, con principios, valores y el ejemplo, a los más chiquitos y ayudar a las familias.

*Su archienemigo: Amargueitor.

*Pasatiempo: leer, compartir, disfrutar, jugar, bailar y cantar con los niños.

“Mi amigo el Señor Caramelo”

Versión PDF autorizada para su distribución y descarga gratuita a través de “Los Niños Cuentan”,
como apoyo para el Ministerio Infantil en todos los continentes.

Montevideo, Uruguay.

©2020, Maikel Piriz

Para más información:

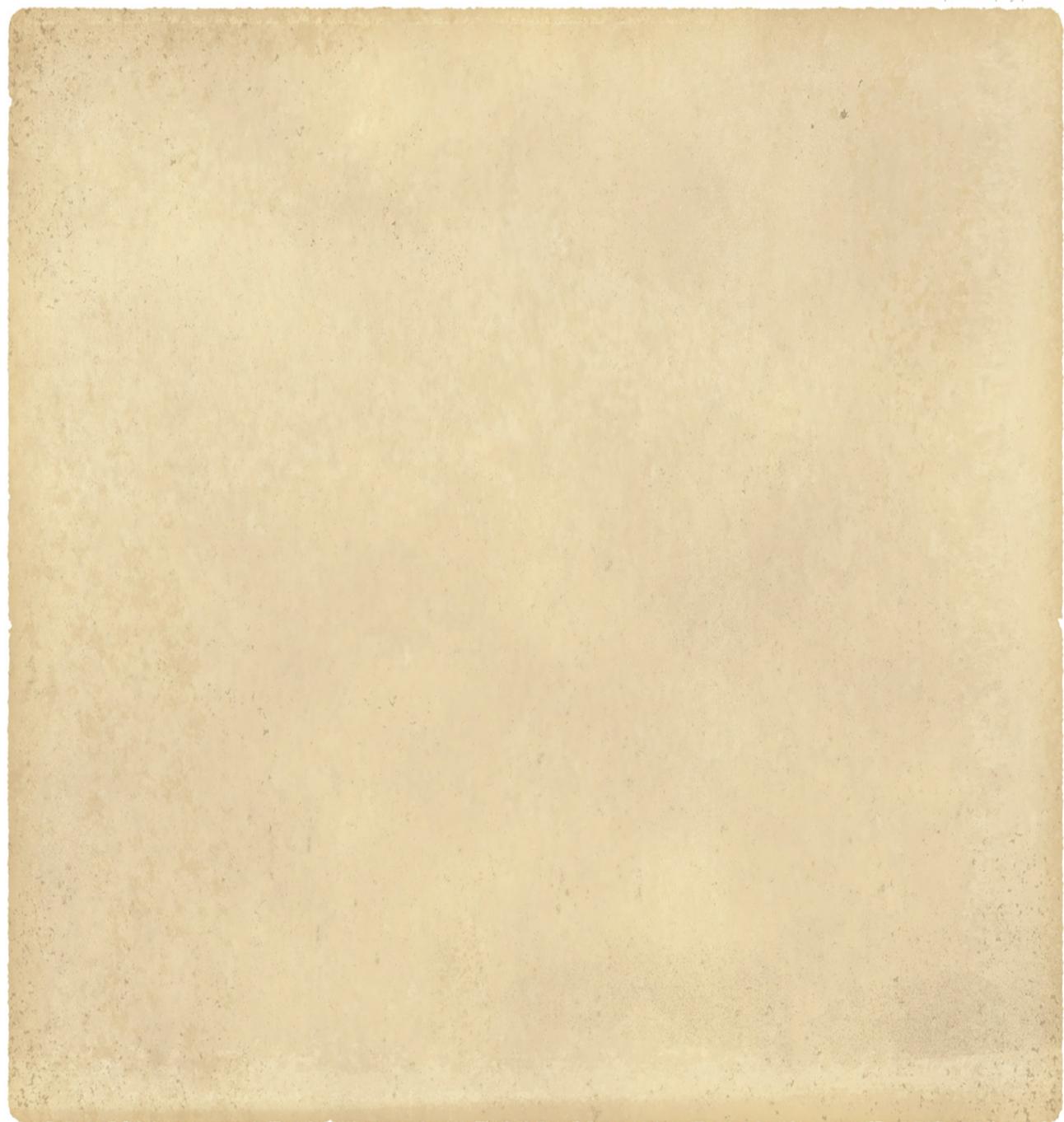
www.LosNinosCuentan.com

 /Sr-Caramelo-101259858316080

 /Los-Niños-Cuentan-208627352519313

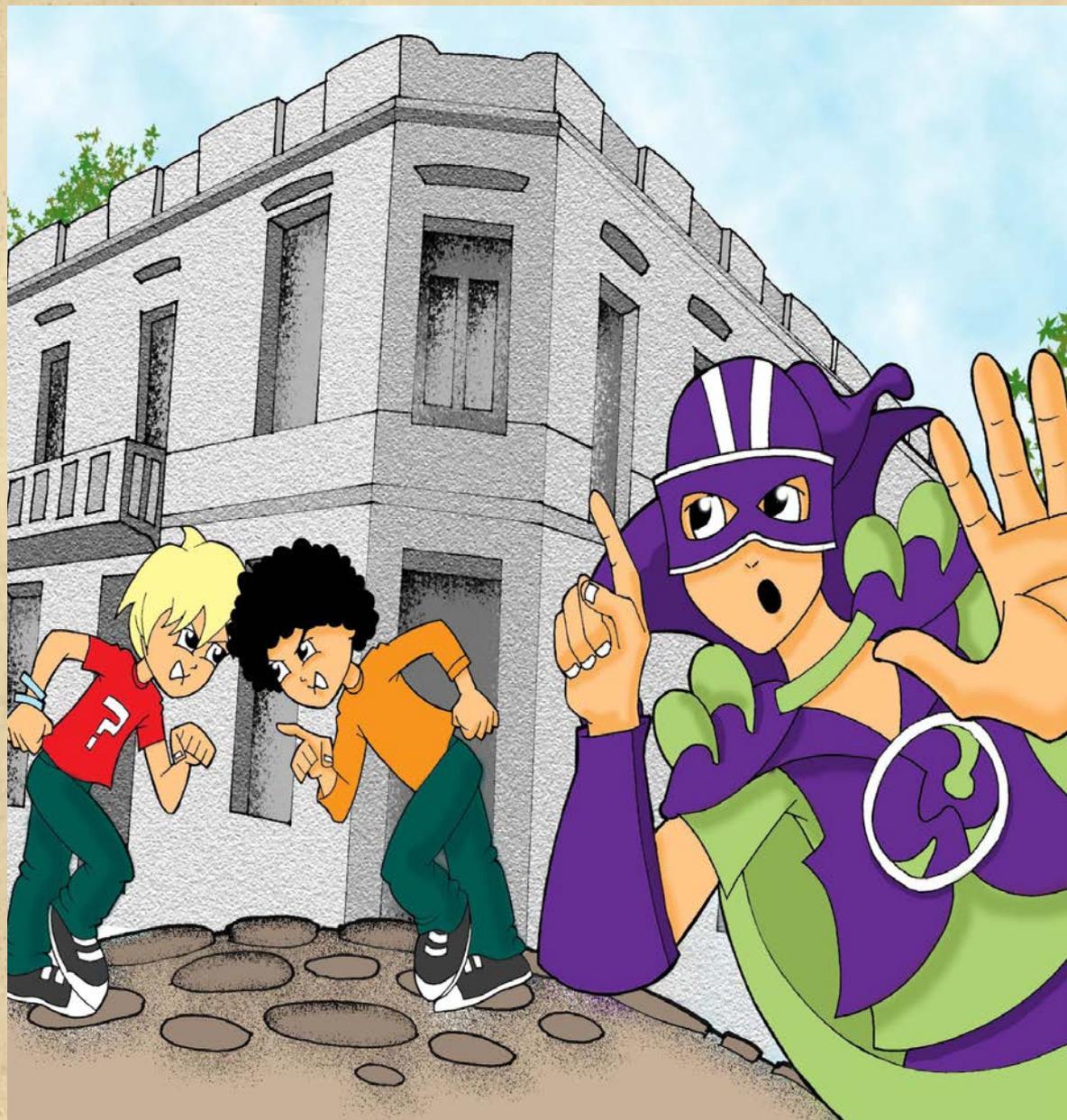
Índice

1-La gran batalla.....	7
2-Sr. Caramelo versus Amargueitor.....	13
3-La oveja Dolly y el lobo malvado.....	19
4-Un gran acontecimiento (Aconsejamos que este cuento sea leído primero por un adulto referente)	27
5-Un viaje al espacio.....	33
6-No todos los caminos son buenos.....	39
7-¿Nos mudamos?.....	47
8-Llegó la princesa.....	55
9-¿Volveremos a vernos?.....	63
10-Un gran susto.....	71
11-Desobediente.....	79
12-Aprender está de más.....	89
13-Eres tan especial.....	95
14-El amor es lo más grande.....	101
15-Vestida de blanco.....	107
16-.....(Ponele el título a tu historia)	113



La Gran Batalla

Un día, mientras caminaba, vi y escuché a lo lejos a dos niños discutiendo. Exclamé: “¡Rayos y centellas centellantes! ¡Ajaja!”. Me acerqué lentamente y con mucho cuidado, porque los niños parecían estar muy ofuscados, esto quiere decir enojados. Continuaban discutiendo, traté de hablarles pero, en medio del lío, no me veían ni me escuchaban, para ellos yo no estaba allí. Uno le dijo al otro: “Te voy a romper la cabeza como en el juego “La gran batalla”, igualito”. El otro, sin demora, le contestó: “Yo te voy a patear con “la patada de rayo de cañón”, peor”. Siguieron diciéndose un montón de cosas feas.



En ese momento di un grito muy fuerte: “¡Altoooooo!” Los niños se sorprendieron y me preguntaron por qué gritaba. Aprovechando la situación causada les dije: “Tengo un regalo para ustedes”. Al escuchar esa palabra clave los dos dijeron inmediatamente: “¡A mí, a mí primero!” y querían saber: “¿Qué es?, ¿qué es?... quizás sea el último juego de pelea o el de chocar gente y aplastarla”. Pero yo les respondí: “No tengo plata ni oro ni uno de esos juegos de peleas ni de matar, mas lo que tengo se los regalo”.

Finalmente los niños me prestaron mucha atención y les expliqué que pelear no estaba bien y menos con patadas y poderes extraños. También les enseñé que cuando uno más pelea se convierte en una persona gruñona y dura de corazón; agregué que la gente no quiere estar cerca de niños así.



Entonces, les pedí algo: “Deben perdonarse ya que perdonar es el remedio para un corazón...”. No pude terminar la frase pues en ese instante se me ocurrió una idea maravillosa: ¡les enseñaría a jugar!

Los niños sonriendo se pusieron a saltar contentos. Sus corazones les hacían tucu tucu y taca taca.

Se dieron cuenta que era mucho más divertido jugar sin pelear y nunca más tuvieron problemas.



Sr. Caramelo versus Amargueitor

Un día de sol me encontraba en “Caramelolandia”, mi ciudad natal, cuando de pronto recibí un llamado de auxilio: “¡Socorro, ayuda!” Exclamé: “¡Oh, rayos y centellas centellantes!”.

Era el llamado de una mamá y un papá que tenían a su niño en medio de un gran problema. El chico había dejado de disfrutar de las cosas más sencillas y lindas, como jugar con su hermanito, pasear a su perra “Colita” y treparse a los árboles, que era su juego favorito. De inmediato fui a verlo. Sigilosamente me dirigí hacia su cuarto, sabiendo muy bien que mi archienemigo, el despiadado, malévolo, cruel y cochino Amargueitor estaba haciendo de las suyas en aquella familia.

Apenas entré en la habitación casi me desmayo, el olor a pies (casi escribo olor a patas, ja, ja) era nauseabundo, en el suelo había restos de comida y sonaba una canción con una letra espantosa que el niño no dejaba de tararear, cantando cosas egoístas y feas.



Me acerqué y lo saludé, aunque él a mí no me había registrado. Estaba como embrujado por la computadora, jugando y usando el Facebook. Pero en ese preciso momento, a sus espaldas, descubrí a quien había estado actuando. Traicionero como siempre, Amargueitor, había puesto en el corazoncito de ese niño pensamientos amargos y malos. ¡Sí! Amargos como el mate sin azúcar y malos como patadas y piñazos.

En ese instante nos encontramos los dos, Amargueitor y yo nos miramos fijamente. Su rostro parecía la foto de una cara cuando uno está chupando un limón. ¡Es tan graciosa su cara! Apenas me vio empezó a decirme cosas horribles, malas palabras. Cada vez que decía una de esas palabras, un aliento con muy mal olor salía de su boca. ¡Guácala! Así pasa cuando una persona dice palabras feas.

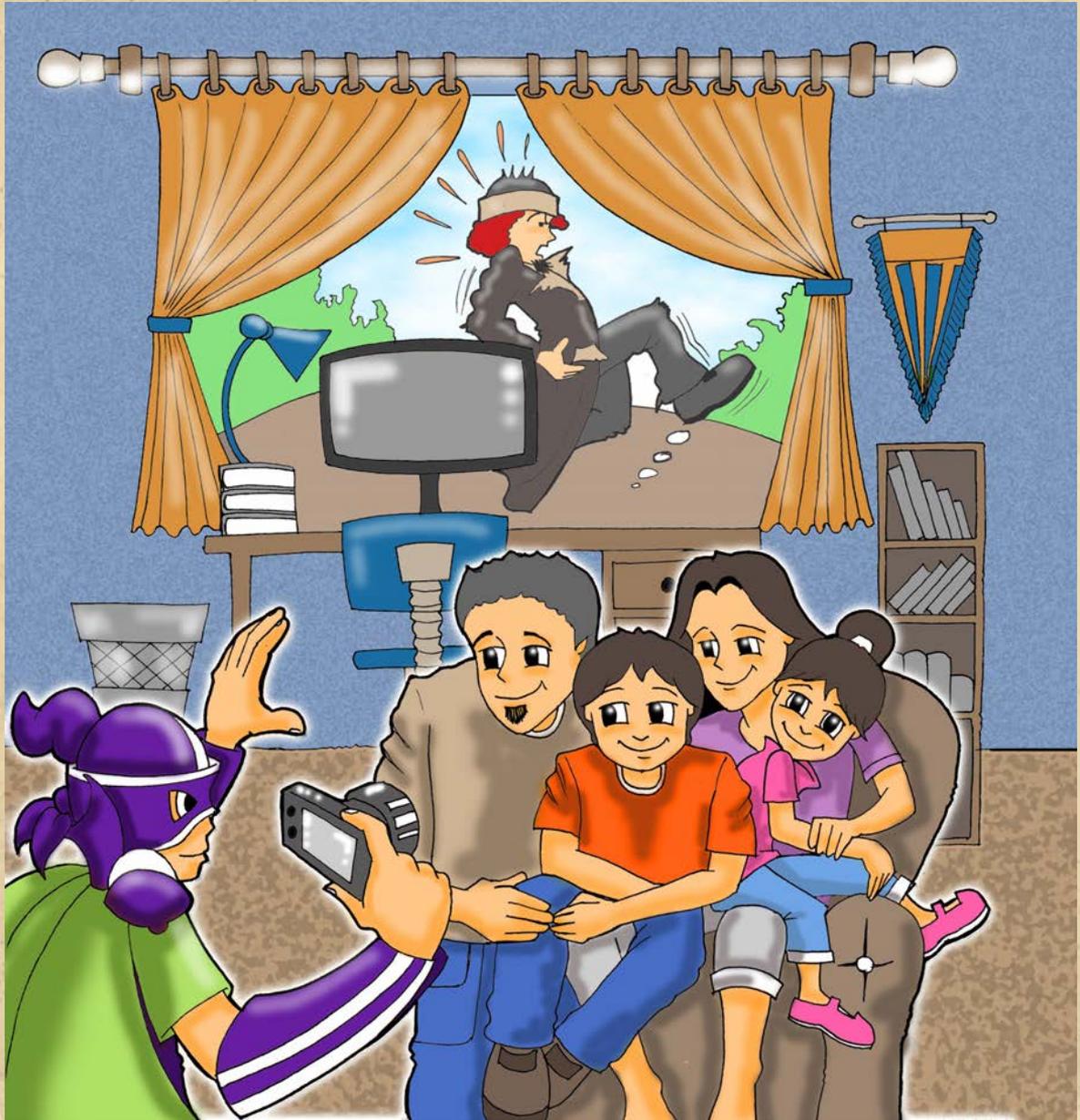


Le dije que no era bienvenido en esa casa y que la familia no lo quería allí. Inmediatamente, comencé a endulzar el lugar y a limpiar el cuarto. Apagué la compu y la música.

En cuanto terminé tomé al niño de la mano pero Amargueitor, desafiante, lo tomó de la otra. Tironeamos de sus brazos y yo, cansado ya de su presencia, le pateé sus asentaderas (piensen, son la parte del cuerpo que apoyamos al sentarnos) y lo eché del lugar. El cobarde salió gritando y chillando como un marrano. Se fue corriendo. ¡Qué aventura!

Cuando estaba yéndome del hogar, la familia, agradecida, me abrazó porque estaba muy contenta de haber recuperado a su hijo tan amado.

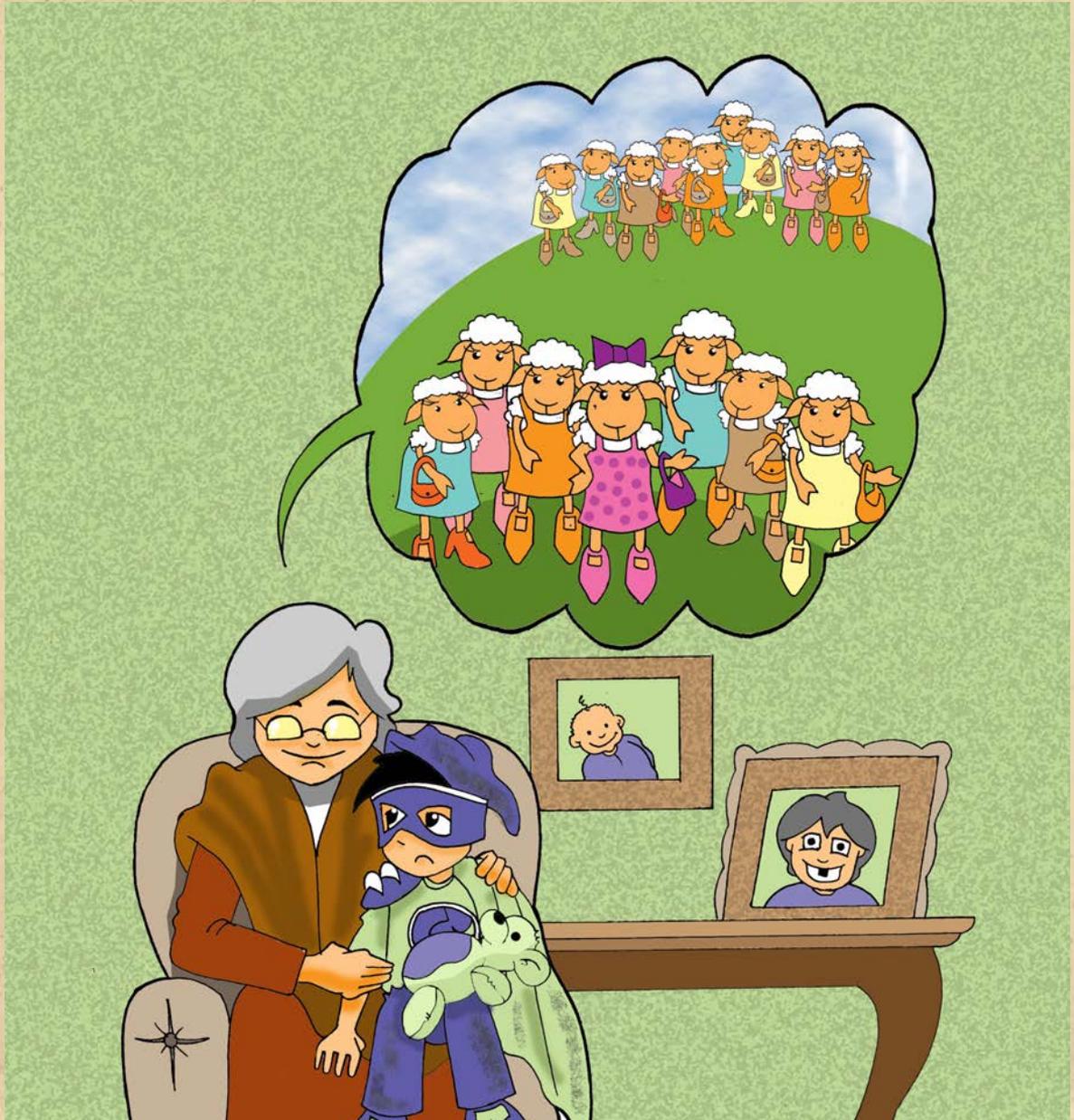
Y yo estaba agradecido a Dios porque me había ayudado una vez más a endulzar a las personas.



La ovejita Dolly y el lobo malvado

Mi corazón hace tucu tucu y mi pecho taca taca de emoción al recordar esta historia. Cuando era chiquitito y mi corazón sonaba chucu chucu y mi pecho chaca chaca, (distinto que ahora que ya soy un niño más grande), era porque estaba sin esperanza y triste aunque no sabía bien por qué. Me sentía como una cucaracha aplastada por una bota militar, como una rata con los bigotes arrugados, como un sapo viejo. Creo que quedó claro lo que quiero expresar. Un día mi abuela me vio meditabundo, con cara de estar a punto de llorar y me contó una historia que no olvidaré.

Había una vez un pastor de ovejas de muy buena onda, eran ovejas muy modernas, coquetas y producidas como los artistas de la tele. Tenía cien (100) y las cuidaba mucho. Todos los días las llevaba a comer los mejores pastos, a tomar las aguas más claras y a bañarse en las cañadas más cristalinas. Cada tarde, al regresar las contaba una por una y las llamaba por su nombre: Juanita, Rosa, Margarita, Clotilde, Jennifer y así hasta la última.



Entre las cien ovejas estaba Dolly, su amiga. Ella y el pastor se querían mucho. Una tarde cuando él estaba paseando por la pradera vio que se avecinaba una tormenta. ¡Rayos y centellas centellantes! Preocupado y percibiendo que la tormenta estaba cada vez más cerca, apresuró a las ovejitas a llegar a resguardo. Al llegar al establo, el lugar donde duermen los animalitos, comenzó a contar como de costumbre y se dio cuenta de que faltaba su amiga; ¡sí, justo su amiga Dolly!

Ella, sin querer, rastreando el pastito más tierno, se había alejado del rebaño. Comenzó a llover y se puso nerviosa. Balaba fuerte (que es como gritar en el idioma de las ovejas), llamando a sus compañeras y sin darse cuenta, buscando refugio, se metió en un bosque.

La lluvia caía a torrentes y el viento la empujaba; de pronto escuchó un gran aullido: Auuuuuuuú, ¡tenebroso! La pequeña Dolly, sin saber qué hacer, seguía caminando cada vez más mojada, embarrada, asustada y..... hagamos una pausa aquí y respiremos un poco porque esta historia nos está poniendo algo nerviosos.



En ese momento, en otro lugar del bosque, el pastor buscaba sin cesar a su amiga y gritaba bien alto su nombre: ¡Dollyyyy!, una y otra vez sin resultado, no podía encontrarla.

A la vez, casi al lado de Dolly, un lobo la vigilaba. Ella corría sin rumbo pero de pronto.... ta ta, ta, tan...cayó por un barranco y quedó enganchada de una patita.

La situación se ponía cada vez más peligrosa, tenebrosa, y espantosa... ¿se te ocurren peores cosas? El lobo, cada vez más cerca de la ovejita, se pasaba la lengua por sus bigotes como saboreando a su presa. La pequeña, ya sin fuerzas, estaba a punto de caerse y entonces baló con todas sus fuerzas ¡beeeeeé!



Finalmente, cuando iba cayendo, la mano de su pastor la alcanzó y la tomó con firmeza. ¡Guauu! Con mucho cuidado la colocó entre sus brazos y ella se acurrucó en su pecho; a él no le importó que estuviera toda embarrada, tampoco se enojó porque se había perdido. Sólo la abrazó con todo su amor y eso habló más que mil palabras.

Cuando mi abuela terminó el cuento no precisó decirme nada, me abrazó igualito que el pastor de la historia y ya no estuve triste nunca más.



Un gran acontecimiento

ATENCIÓN: ESTE CUENTO DEBE LEERLO PRIMERO PAPI O MAMI O LOS ABUELOS; SI LO LEES SOLITA O SOLITO NO VAS A ENTENDERLO.

No es una enorme barra de chocolate, no es una postre grandote de dulce de leche, no es un chupa chupa gigante, es: ¡el Señor Caramelo!

¡Sí, amiguitos! Cuando era apenas una pastillita muy pequeñita y mi mamá supo que me encontraba dentro de su pancita, ella exclamó: “¡Oh no! ¡Rayos y centellas centellantes! No puede ser, no estoy preparada para otro niño”.

Efectivamente mi mamá decía esas cosas. De esta manera, no muy dulce que digamos, comienza la historia del Señor Caramelo. Para ese entonces me encontraba en un lugar con muy poca luz y con mucho líquido; me sentía protegido y cuidado ahí adentro, aunque muy pronto comencé a sentir a alguien que lloraba sin cesar.



Me sorprendí mucho y me preguntaba quién sería el que estaba llorando.

Para mi asombro vi que era mi madre. Yo parecía el espectador de una telenovela, escuchaba a mi mamá que le decía a mi papá:

-Roberto Washington, no podemos tenerlo, es una locura.

-Sí, tenés razón, Milka Ivonne, no podemos tenerlo, no tenemos ni un peso partido por la mitad.

-Es verdad, Roberto Washington, no tendremos al bebé.

¡Oh, no! Ya cansada de llorar, mi mamá se levantó decidida a hacer lo que fuera para que yo no naciera. Sin entender mucho y asustado me quedé quietito en mi nidito.



Mi mamá se dirigió rápidamente a un lugar que daba miedo. Allí le dieron una inyección para que yo me muriera y no naciera, los adultos le dicen “aborto”, de ese modo mis padres no tendrían que cuidar a otro hijo. Hizo esto durante quince días; mientras tanto yo luchaba por mi vida.

Cuando vio que las inyecciones no habían funcionado fue a otro horrible lugar donde le dieron unos frasquitos con un líquido que debía tomar. Ese método tampoco dio resultado.

Finalmente mis padres dijeron: “¡Ya basta! Creemos que debe ser para algo que Dios quiere que este niño venga al mundo”.

De ese modo, seis (6) meses más tarde llegó esta bella pastillita que con el correr del tiempo se convirtió en el Señor Caramelo.



Un viaje al espacio

Léa una espectacular enciclopedia que me permitía recorrer el universo y me imaginaba cada uno de los diversos y misteriosos lugares. En una de las páginas me encontré con los planetas; de pronto me quedé dormido y cuando desperté estaba en el espacio. ¡Guau!

¡Qué maravilloso, extraordinario, sensacional y majestuoso! Vi los planetas Mercurio y Venus, los que se encuentran más cerca del Sol. ¡Rayos y centellas centellantes, el Sol! Tan grande y luminoso, que sólo de mirarlo me producía calor. También estaba la Tierra, nuestro precioso planeta, además de Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Hasta vi a los planetas enanos Plutón, Ceres, Haumea, Makemake y Eris. Las estrellas lucían perfectamente coloreadas y hasta vi pasar un cometa. ¡Estuvo súper!



Me puse a pensar en lo perfecto y ordenado que se veía todo. Mi corazón me hacía tucu tucu y mi pecho taca taca. Me pregunté quién habría acomodado todo tan correctamente en el espacio, cuándo y cómo lo habría hecho. ¿Cómo puede ser que los planetas aparenten flotar en el espacio y que la Tierra gire con un movimiento exacto milimétricamente? Si la Tierra se detuviera bruscamente o, por el contrario, si se acelerara, saldríamos todos despedidos como el hombre bala de los circos. ¡Guauu!

Mientras contemplaba y disfrutaba todo esto divisé un gran meteoro que se dirigía hacia mí. ¡Oh, no!



Estaba en apuros. En ese momento quise correr pero mis pasos eran lentos como los movimientos de los astronautas caminando sobre la luna. ¡Rayos y centellas centellantes! Cada vez se acercaba más y más... Cuando estaba por atropellarme grité muy fuerte: ¡Auxilio! ¡Dios mío, sálvame!

En ese instante desperté, era sólo un sueño. ¡Fiuu! ¡Estuvo cerca!

Luego se me ocurrió meditar sobre la teoría del “Big Bang”, el gran estallido, que intenta explicar científicamente cómo se creó el espacio y todo lo que lo se encuentra en él. Considero que es imposible que de la “nada” haya emergido toda la materia, es decir, todito lo que hay en el universo, con su maravilloso orden y su armonía increíble.

Sin lugar a dudas sólo una mente con mucha sabiduría y con una mano lo suficientemente grande pudo hacer esto. ¡Sí! ¡Correcto! Es quien estás pensando... quien lo hizo fue Dios.



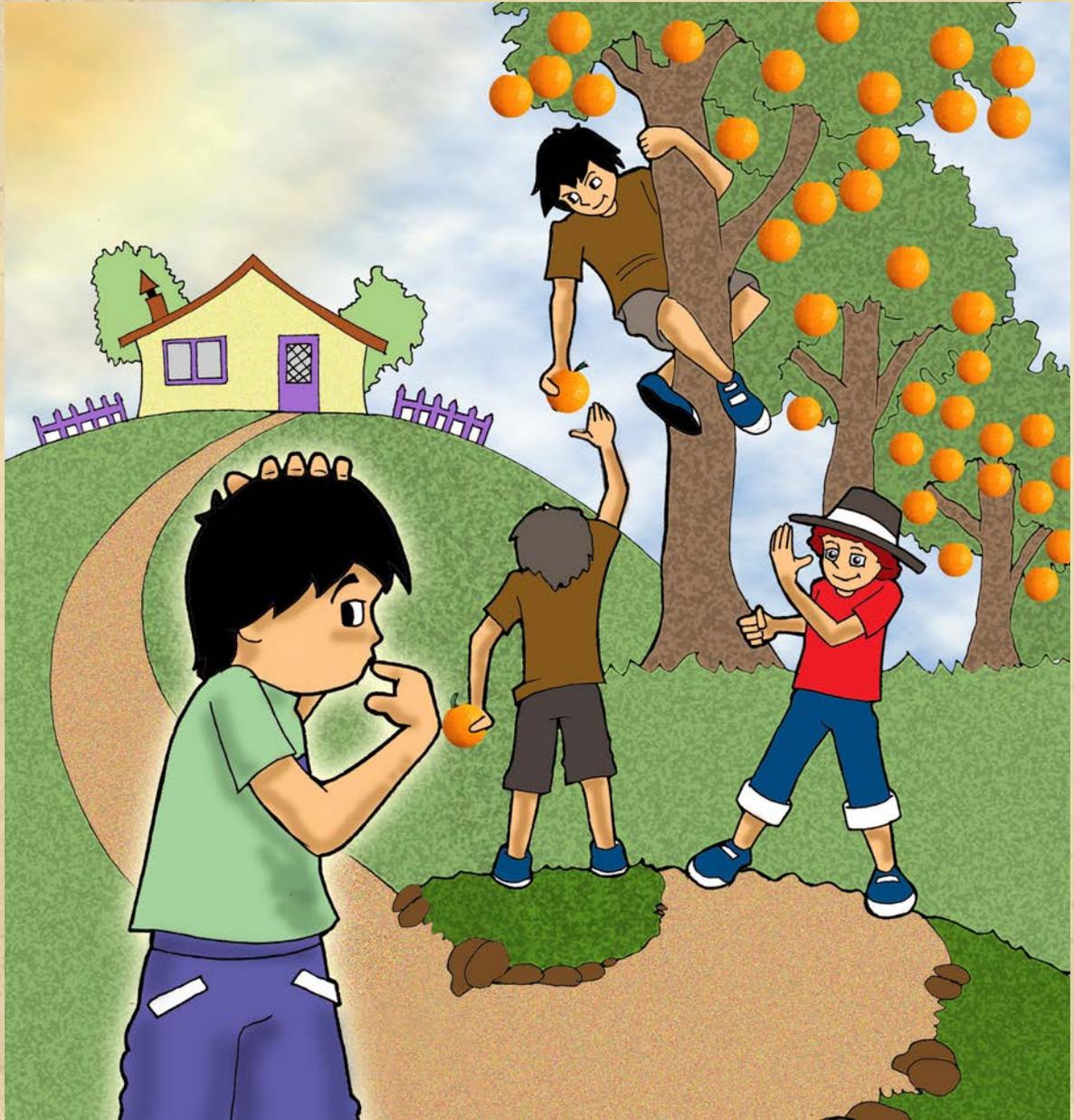
No todos los caminos son buenos

Cuando era pequeño, pero no muy pequeño, con unos amigos, pero no tan amigos, nos dirigimos a un arroyo para tener un día de pesca. Pasamos mucho rato intentando conseguir algún pez, sin resultado y comenzamos a aburrirnos. A uno de ellos se le ocurrió la “genial” idea de entrar, sin permiso, a la granja de nuestro vecino que tenía una linda plantación de naranjos (así se llaman los árboles que dan la sabrosa fruta que voy a nombrar), con hermosas, grandes y jugosas naranjas. ¡Mmmm!... sólo de pensarlo se me hacía agua la boca. Otro de los chicos nos animó: “¡Vamos, el granjero tiene muchas naranjas, vamos a robarle!”. Algo dentro de mí me decía que no estaba bien hacer eso... (ahora sé que era mi conciencia la que me hablaba, ¡guauuu!).



Todos estaban de acuerdo y decían: “¡Hagámoslo, hagámoslo!”. Rumbo a la granja nos encontramos con dos caminos: uno hacia mi casa y otro que nos llevaba al fondo de los naranjos del vecino. Volví a sentir esa voz que me repetía: “No está bien ir a robar”, pero esta vez escuché también otra voz que me decía: “Sí, hazlo, vamos, no seas cobarde... además ¿en qué se va a perjudicar el dueño porque le saquemos unas pocas frutas si tiene tantas?”.

Muy campantes nos metimos en la plantación y nos lanzamos sobre el naranjal. Comimos muchísimas, hasta hartarnos; la primera y pequeña voz resonó nuevamente indicándome: “Ya son suficientes”, pero la ignoré y seguí comiendo sin parar.



Antes de irnos nos llenamos los bolsillos con naranjas. Cuando salíamos de la granja nos dimos cuenta de que algo andaba mal, repentinamente nuestros estómagos comenzaron a hacer unos ruidos extraños. ¡Rayos y centellas centellantes! Tantas naranjas habían hecho su efecto. Mis amigos y yo no pudimos continuar caminando... y para colmo, en ese mismo instante, por el camino, apareció el granjero. ¡Oh, no! Ahora sí que estábamos en problemas, el señor llamó a nuestros padres. Ellos llegaron rápidamente, muy enfadados; algunos venían con una varita (u otro elemento para castigar físicamente) en la mano, en cambio mi papá lo que traía era mucha tristeza en su rostro.



Los demás se retiraron, quedamos a solas mi papá, el granjero y yo. Pensé que recibiría una gran paliza pero eso no sucedió. En cambio mi papá le propuso a nuestro vecino que yo trabajara gratis para él. El hombre, sonriendo, aceptó e incluso agregó que si le hubiésemos pedido las naranjas él nos las hubiera regalado.

Camino a casa mi papá me dijo, mientras me llevaba de la mano, que siempre es mejor trabajar por algo (o pedirlo) que robar, que robar te deja feas manchas en el corazón. ¡No lo olvidaré jamás!

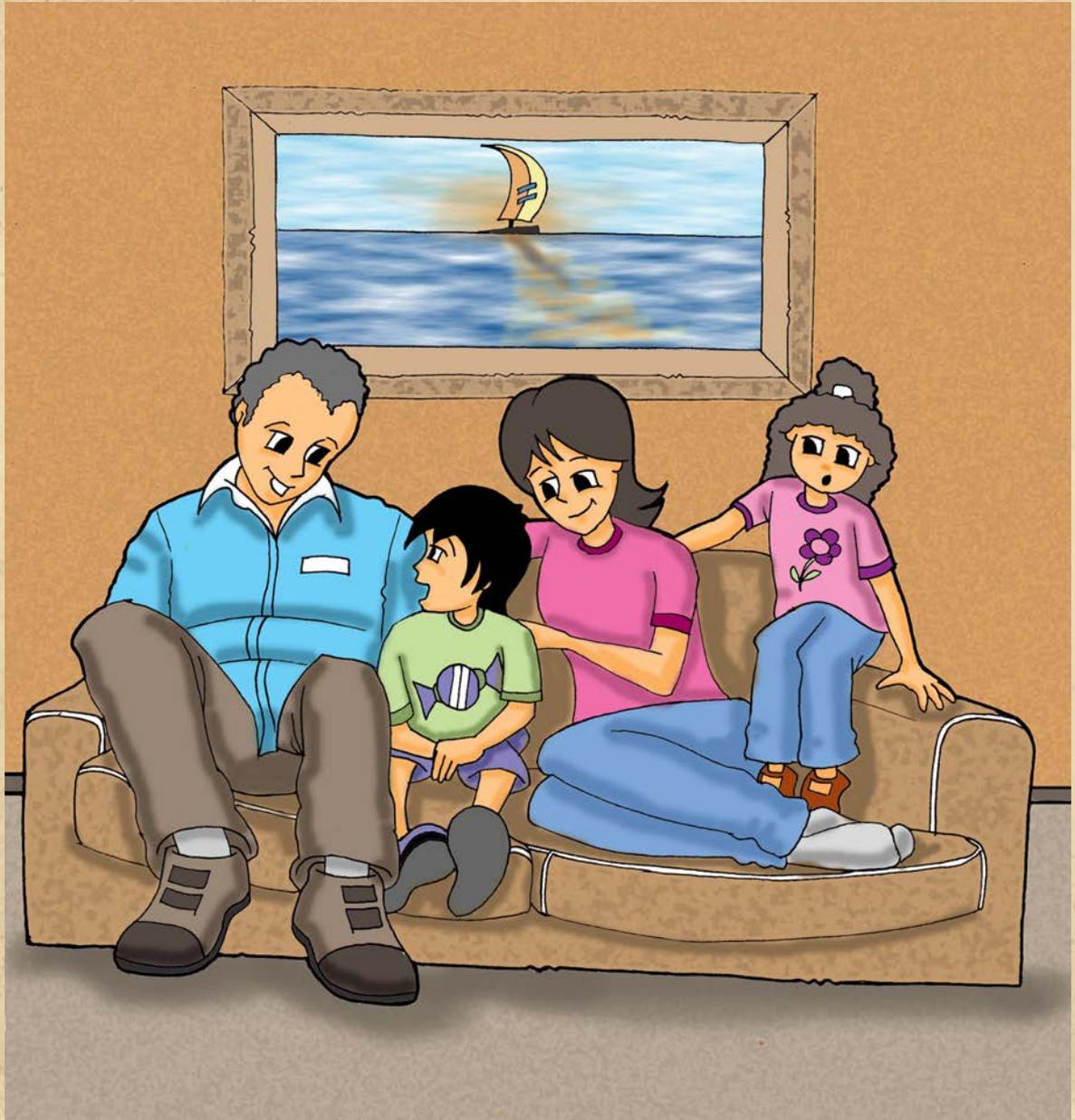


¿Nos mudamos?

Creo que al escuchar la palabra “mudanza” todos los corazones hacen tucu tucu, taca taca. Recuerdo que, cuando era aún una pequeña pastillita de sólo seis (6) añitos, disfrutaba cada día en mi barrio con un amigo que se llamaba Adán. Nos divertíamos mucho juntos, íbamos a la escuela, jugábamos a la bolita y a un juego muy antiguo llamado tejo.



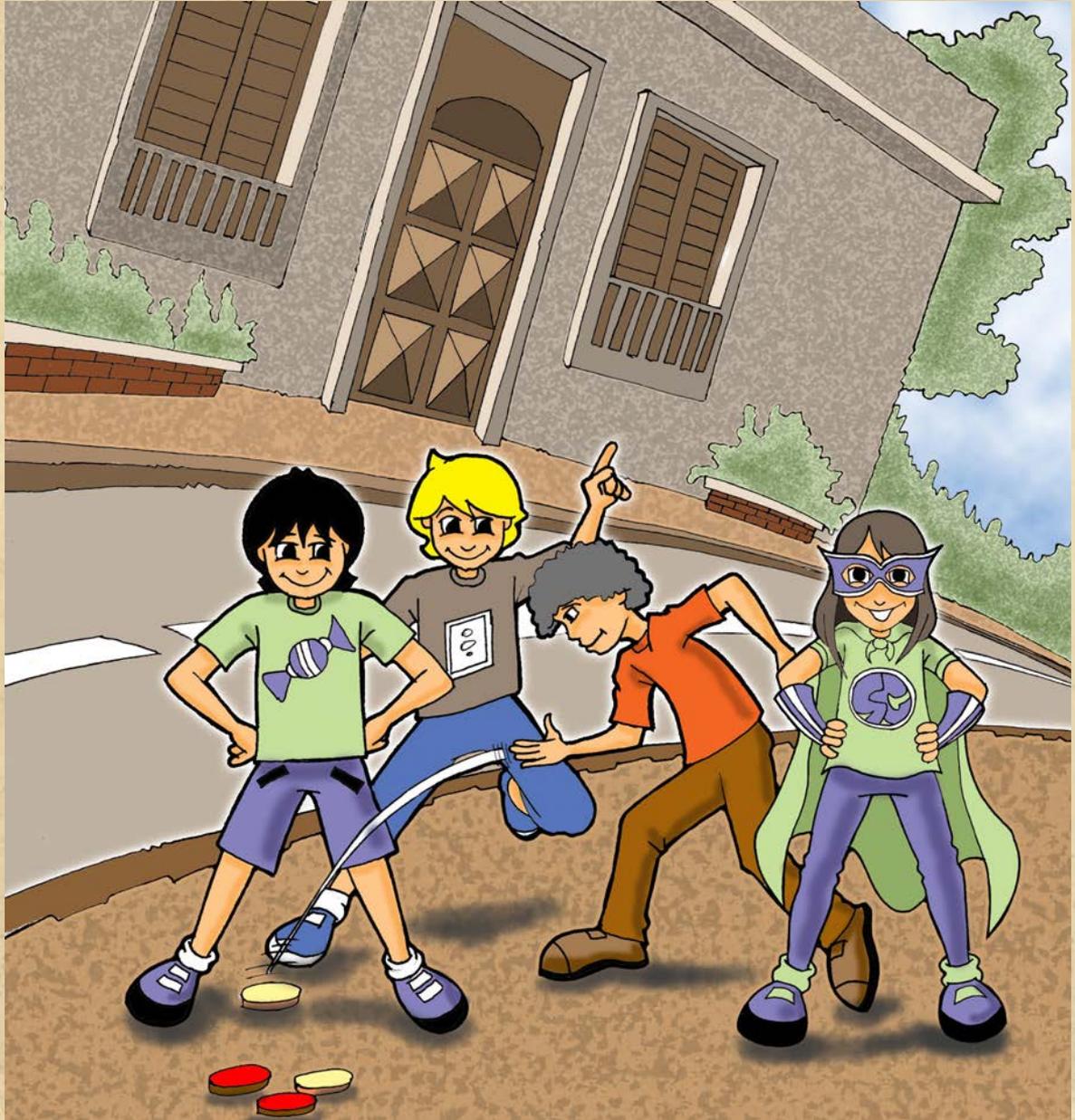
Nunca imaginé que llegaría ¡la gran noticia!. Mi madre y mi padre se sentaron para decirnos, con mucho amor, a mi hermanita y a mí que tenían una invitación para hacernos. ¡Guauu! Gritamos emocionados, imaginamos que iban a llevarnos a pasear o a tomar un helado o algo parecido; para nuestra sorpresa, la noticia no tenía nada que ver con eso. La novedad era que ¡nos mudaríamos! y querían que conociéramos la casa nueva.



No lo podía creer. Exclamé un rotundo: ¡No! Mi hermana, por el contrario, emocionada y contenta, sonrió y les preguntó: “¿A qué hora salimos?”. En mi mente se cruzaron tantas cosas: mi escuela, mis compañeros, mi perrita Colita, mi amigo Adán. ¿Qué pasaría con ellos? Pensaba que jamás los volvería a ver. Mi corazoncito se arrugaba como si fuera un papel. Me puse a llorar como un niño chico (es que eso era, un niño chico) en un rincón, estaba triste. Mis papás se acercaron y me contaron todas las cosas lindas y divertidas que podría hacer en la nueva casa y en mi nuevo barrio, que me esperaba una bonita y nueva escuela, que “Colita” vendría con nosotros y que conocería amigos nuevos.



De a poquito empezó a brotar una sonrisa en mi cara pero una duda me inquietaba y les pregunté qué sería de mi amigo inseparable, inigualable, incomparable y todos los “in” que se les ocurra. Ellos me contestaron que la distancia no nos podía separar, que el amor de amigos continuaría y que lo podríamos invitar a pasar con nosotros algunos fines de semana. Terminaron diciéndome que los cambios son muy buenos, que más adelante lo entendería. Y así fue. Hoy, que ya soy un poco más grande, lo entiendo y le doy gracias a Dios por los cambios, gracias a ellos conocí a muchísimos amigos y a alguien muy especial que más adelante les contaré.



Llegó la princesa

S oñaba algo muy bonito cuando el timbre inconfundible de mi carameloce-lular sonó en mi mesita de luz. Al contestar, escuché las voces de un papá preocupado y de una mamá triste porque uno de sus hijos no quería tener otro hermanito. ¡Ajajá! Rápidamente me dirigí a la casa de esa familia. Les dije a esos padres que tuvieran paz y que no se preocuparan porque yo había pasado por lo mismo e intentaría ayudarlos.



En el fondo de la casa, hamacándose, había un niño. Su nombre era Joaquín; cuando me vio se puso muy contento y gritó: “¡Señor Caramelo! Lo abracé muy fuerte pero enseguida volvió a quedar triste. Le pregunté por qué se ponía así y él me respondió: “Es que mi papá y mi mamá van tener un bebé, pero yo no quiero porque le van a prestar más atención a él que a mí... y mis juguetes y mis cosas y mi otro hermano y mi...” Lo interrumpí rápidamente: “¡Alto, amiguito! Todo lo que has dicho es mí, mi, mis, si tu hermanito mayor hubiera dicho las mismas cosas que tú, hoy no estarías aquí”.



Le conté: “Cuando era pequeño, como tú, mis padres también me preguntaron si quería un hermanito o hermanita y me dijeron que yo iba a ser el hermano mayor, que podría cuidar y defender al pequeño o pequeña, prestarle mis juguetes y enseñarle a usarlos y otras cosas. Y que sería un ejemplo para él o ella”.

Seguí la historia. Para mi sorpresa y alegría nació una hermanita, una princesita. Ella era la más linda de las hermanas. ¡Guauuuu! Era tan diminuta, frágil y dulce que me llenó de ternura y amor. Para ella fui y soy su amigo y su ejemplo. Hasta el día de hoy sigo cuidándola y, como ya no es chica, ella también a mí.



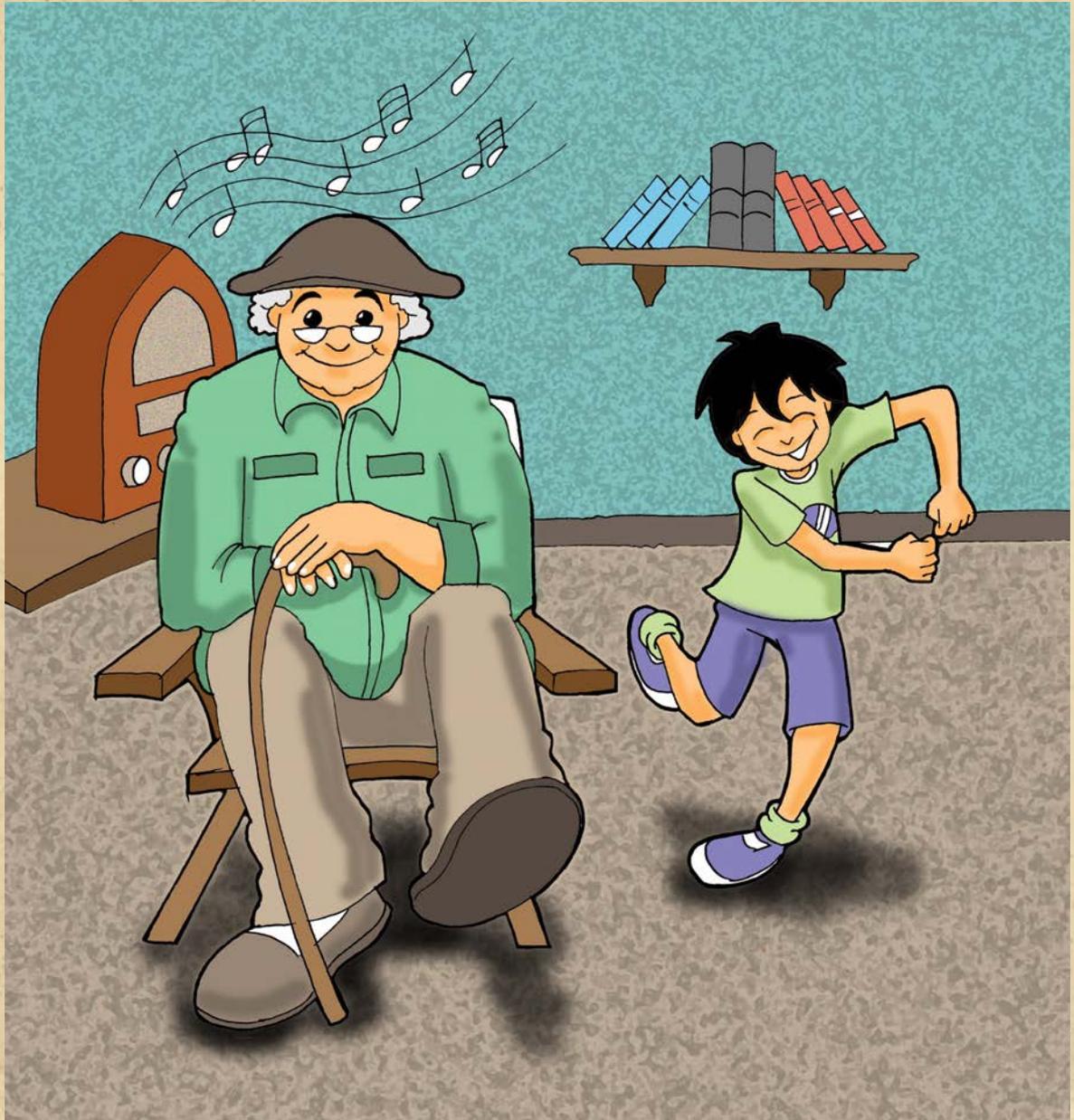
Joaquín, con lágrimas en los ojos, pero de alegría esta vez, me dijo con mucha seguridad: “¡Voy a cuidar mucho a mi hermanito o hermanita!” Después me abrazó y me agradeció. Y agregó: “Ahora entiendo que voy a seguir siendo importante para mis papás, que no tengo que sentir temor porque soy único y especial para ellos y para Dios”.



¿Volveremos a vernos?

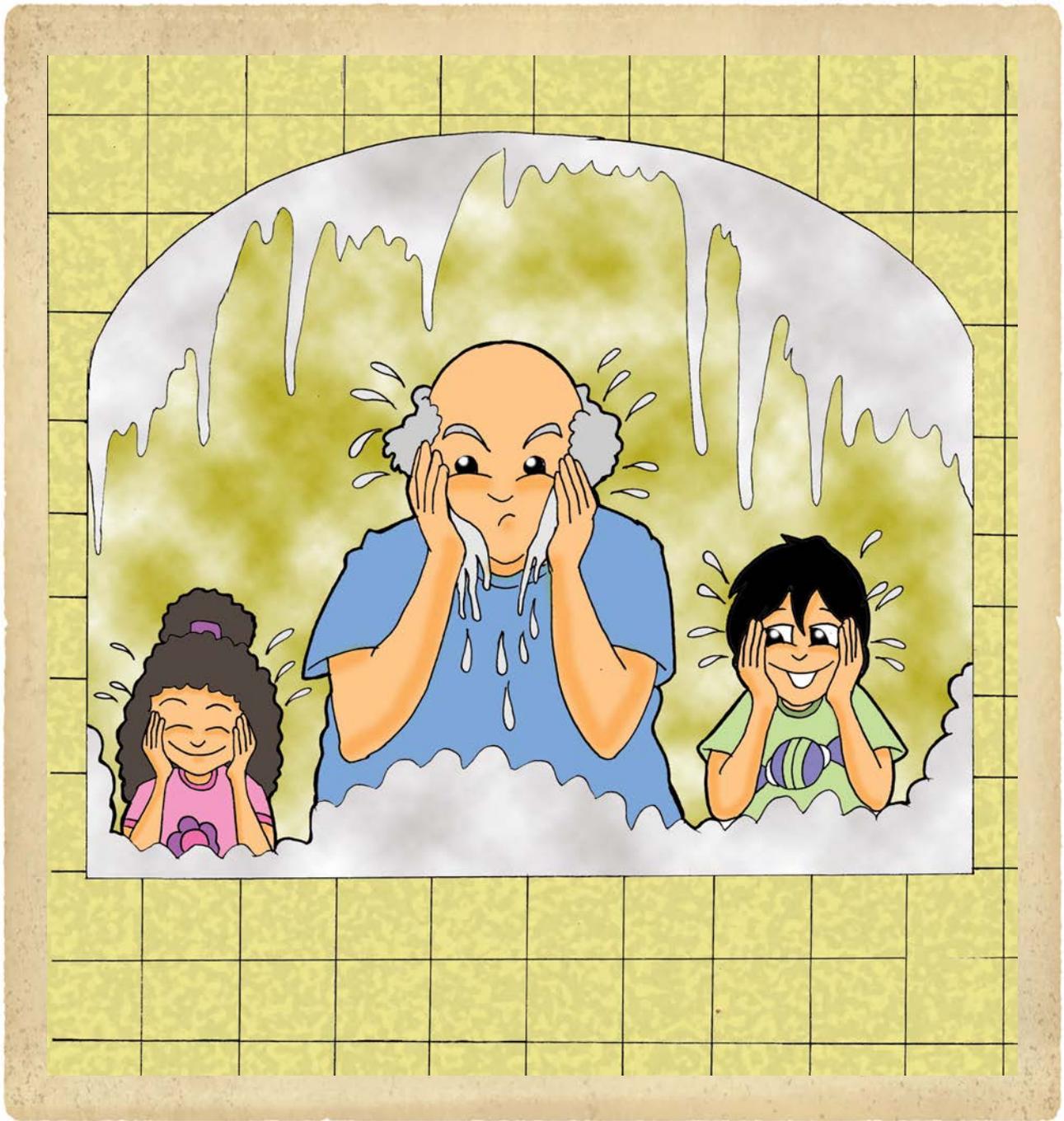
Hace muchos, muchos, muchos años... bueno, quizás no tantos, yo era muy pequeño, apenas medía noventa (90) centímetros. Era tan pequeño que mi corazón hacía tuqui tuqui y mi pecho taqui taqui; tenía esa edad en la que uno quiere que la vida sea para siempre y siempre.

En esa época vivíamos con mi abuelo, don Valeriano. Él tenía poco pelo, sólo en los bordes de la cabeza, a la que tapaba con una gorra antigua; sus ojos brillaban tan lindo como linda era su sonrisa, que además era chistosa, graciosa y cómica igual que su forma de caminar. Era un hombre grande, ancho, usaba la ropa de talla XXL, creo que entienden que quiero decir que era gordito.



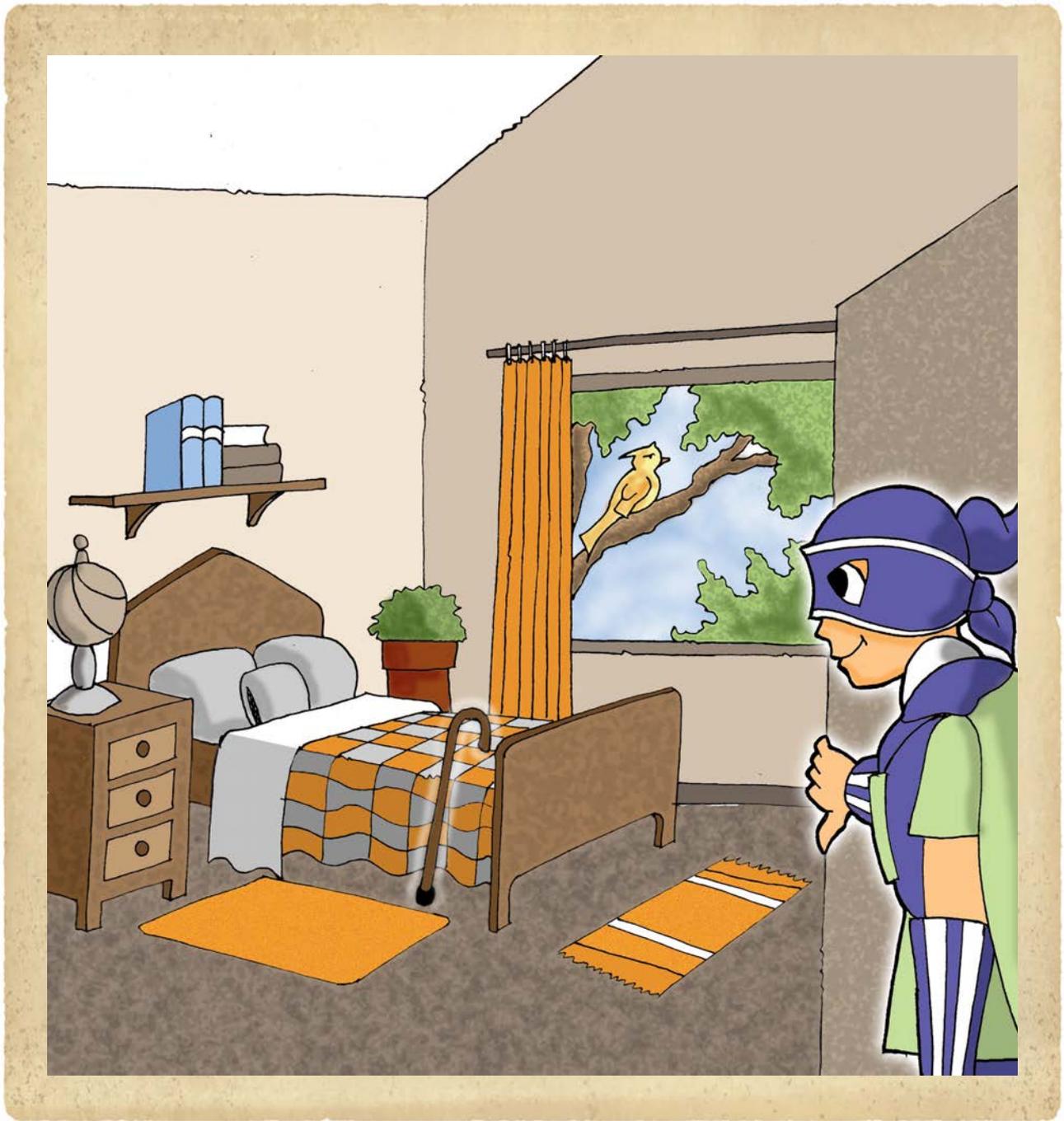
Su andar era lento, no me daba cuenta por qué, ahora supongo que le pesaban tantos años que había cumplido. Cada mañana al despertar se sentaba en su cama que estaba en mi cuarto, se desperezaba y daba un gran bostezo. Quizás a ti que estás leyendo también te da ganas de hacerlo ya mismo...bostezá, tranquilo o tranquila... y continuamos. Luego iba al baño, se lavaba su cara efusivamente, haciendo ruidos al frotarse las manos contra ella, era muy gracioso verlo y escucharlo, a mi hermana y a mí nos gustaba observarlo hacer eso cada mañana.

Durante el día, varias veces, abría un libro antiguo, más antiguo que mi tátara, re tátara abuela. ¡Guauuuu! ¡Súper viejo! Lo leía y releía, siempre exactamente el mismo. En algunas ocasiones después de leer lloraba y nosotros no entendíamos por qué.



Acostumbraba a llevarnos de pesca. A él le gustaba mucho practicar ese deporte y a nosotros también. ¡Cuántos consejos nos daba! Era muy bueno.

Un día fue al médico y el doctor le aconsejó que cuidara más su salud. Así lo hizo hasta que llegó un tiempo en que lamentablemente y por más que lo ayudáramos, ya no pudo levantarse. No fue más al baño y tampoco hizo esos ruidos tan graciosos. Pronto ya no estaba entre nosotros y no volvería nunca más. Aunque muchos se pusieron tristes, en mi corazón yo sentía una paz muy grande, estaba seguro de que él se encontraba en un mejor lugar.



Ahora sé cuál es ese lugar. Un día fui a buscar el libro antiguo, el que mi abuelo leía cada mañana, al que prestaba tanta atención y pude entender la razón de sus lágrimas. Cuando lo abrí y comencé a leerlo yo también lloré un rato. Aprendí acerca de Jesús y que Él era el camino, la verdad y la vida; nadie va al cielo si no es por Él.

Mi abuelo encontró el camino para ser feliz siempre, aún después de morir, ahora yo también estoy en la búsqueda.

¡Conoce, acepta y deja entrar a Jesús en tu corazón! Puedes aprender a hacerlo en el mismo libro que leía mi abu, se llama La Biblia. Así, después de vivir contento muchos años acá en la Tierra, aumentará tu felicidad en un lugar espectacular donde volveremos a vernos.



Un gran susto

ErEran aproximadamente las dos de la madrugada cuando sonó, alborotadamente como siempre, mi caramelo celular. Pensé “¿A esta hora?, ¿quién podrá ser?”

La voz de un niño que clamaba por ayuda se escuchaba fuerte por el micrófono: “¡Socorrooo! ¡Auxiliooo! Después de unos instantes y de intentar tranquilizarlo, me explicó que el pedido no era para él sino para su padre... Sorprendido, le pregunté: “¿Cómo? ¿Es para tu papá?” Seguro y calmado, respondió afirmativamente.

Seguidamente me narró la situación; una fuerte tormenta soplaba cuando llamó, su papá no podía dormir porque escuchaba que afuera de la casa alguien rascaba la ventana. “¡Increíble!”, reflexioné, “¡Qué valiente este niño, tomó acción por su padre!” Luego el jovencito comentó: “Mi papá se tapó con las frazadas hasta la cabeza y tiene miedo de que un monstruo de tres cabezas, con una nariz llena de mocos verdes y pegajosos, pueda rondar la casa”. ¡Rayos y centellas centellantes!



La imagen del padre debajo de las frazadas transpirando mucho, como un perro chihuahua furioso, diciendo frases como la siguiente para ahuyentar su miedo: “¡San Roque, San Roque, que este monstruo no me mire ni me toque!”, me hizo decidir a ayudar rápidamente. Así que me puse el pilot y las botas y me fui volando hasta la casa.

Al llegar me encontré con el papá tal y como me lo había contado el chico. Me acerqué al hombre aterrorizado y le expliqué que los monstruos no existen y que, probablemente, el ruido que había escuchado no sería más que el de algún objeto golpeando la ventanas, nada malo. Pero el señor, con mirada asustada y desconfiando, me dijo que el ruido que venía desde la ventana le había hecho recordar una película de terror que había visto hacía tiempo y en la que aparecía un monstruo como el que describió su hijo.



En ese momento le saqué de encima las frazadas y le advertí que si lo del monstruo hubiera sido real, seguramente ya se lo hubiera comido con frazada y todo. Así que decidido le dije: “Dios está conmigo y si Él está conmigo no tengo que temer”.

Entretanto pensaba: “Yo sé que los monstruos no existen, ¿cómo le demuestro a este pobre hombre qué se esconde detrás de la ventana? “ Había que abrirla y verificar. Para nuestra sorpresa y asombro vimos que una gran y temible rama del árbol limonero que habitaba en el jardín se movía y rascaba la ventana tras el fuerte viento. ¡Guauuuu! Como lo había previsto.



Finalmente, antes de irme le pedí al padre que tomara nota de algunas sugerencias para no olvidar jamás y para transmitir a los demás:

1-Los monstruos no existen.

2-Debemos evitar contaminar nuestras mentes con imágenes y sonidos que nos provoquen temor.

3-Si Dios está con nosotros el temor se va.



Desobediente

Una vez aprendí que desobedecer tiene malas consecuencias y, por el contrario, obedecer va acompañado de buenas acciones y es más lindo.

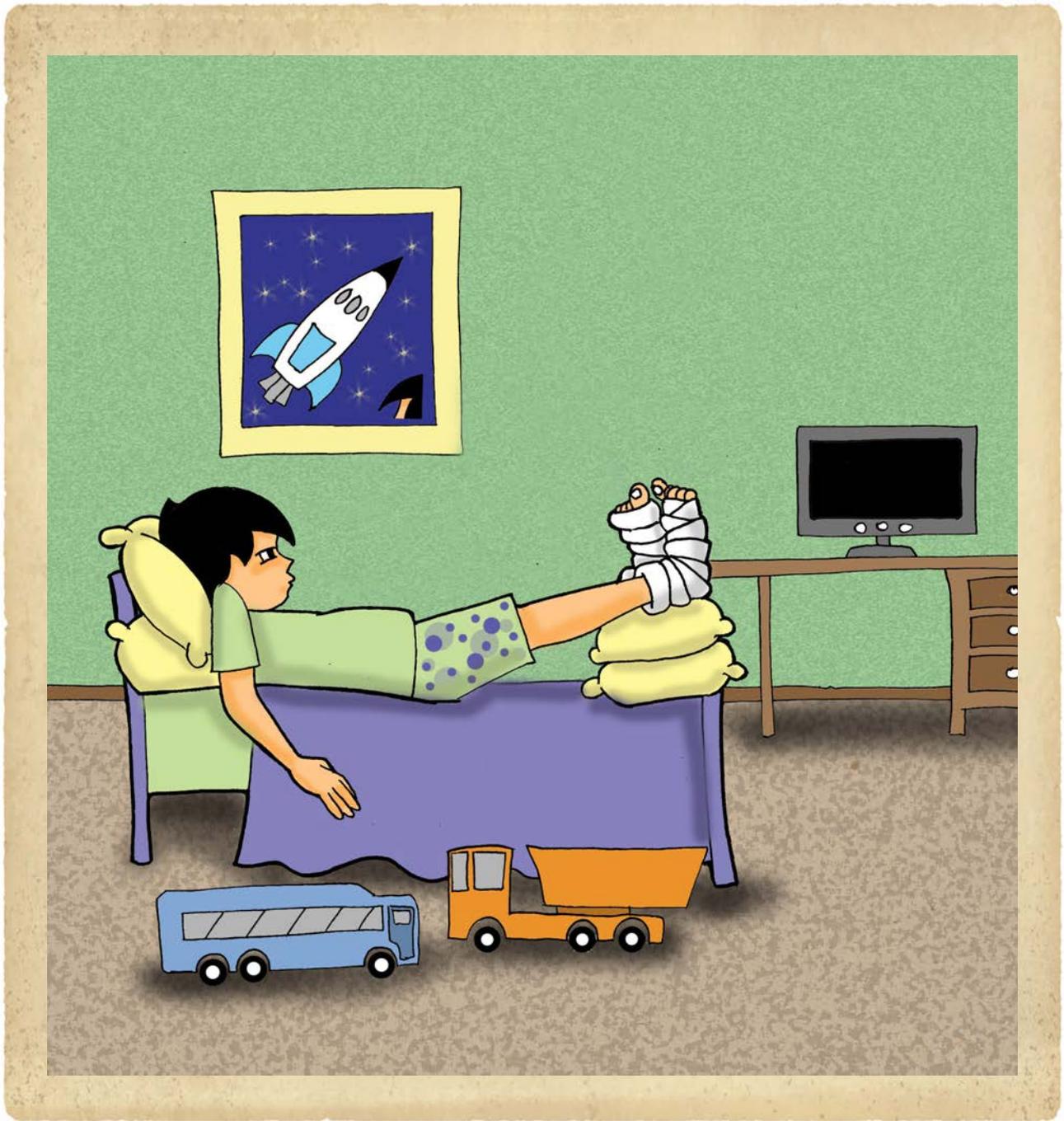
Aún hoy no puedo olvidar cuando mi mamá me gritaba: “¡No seas desobediente!”, “¡Hacé caso!” y “¡Vení para acá ahora mismo!”. Todas estas frases se las escuché decir muchas veces durante mi niñez y adolescencia.



En una oportunidad, siendo bastante chico, salté de un muro, obviamente sin permiso y sin que mi madre me viera. Distraído, no miré al suelo y caí sobre una botella de vidrio rota. Como estaba descalzo me lastimé, así que no tuve más remedio que recurrir a mi madre. Imaginen el dolor que sentí, por un lado el dolor físico de los pies heridos por los vidrios y por otro lado la decepción que veía en el rostro de mi madre mientras me curaba y me llevaba al médico.

Mi desobediencia tuvo como consecuencia tres semanas con las piernas en alto y sin poder moverme.

A continuación les contaré una experiencia que quisiera que quedara entre nosotros.

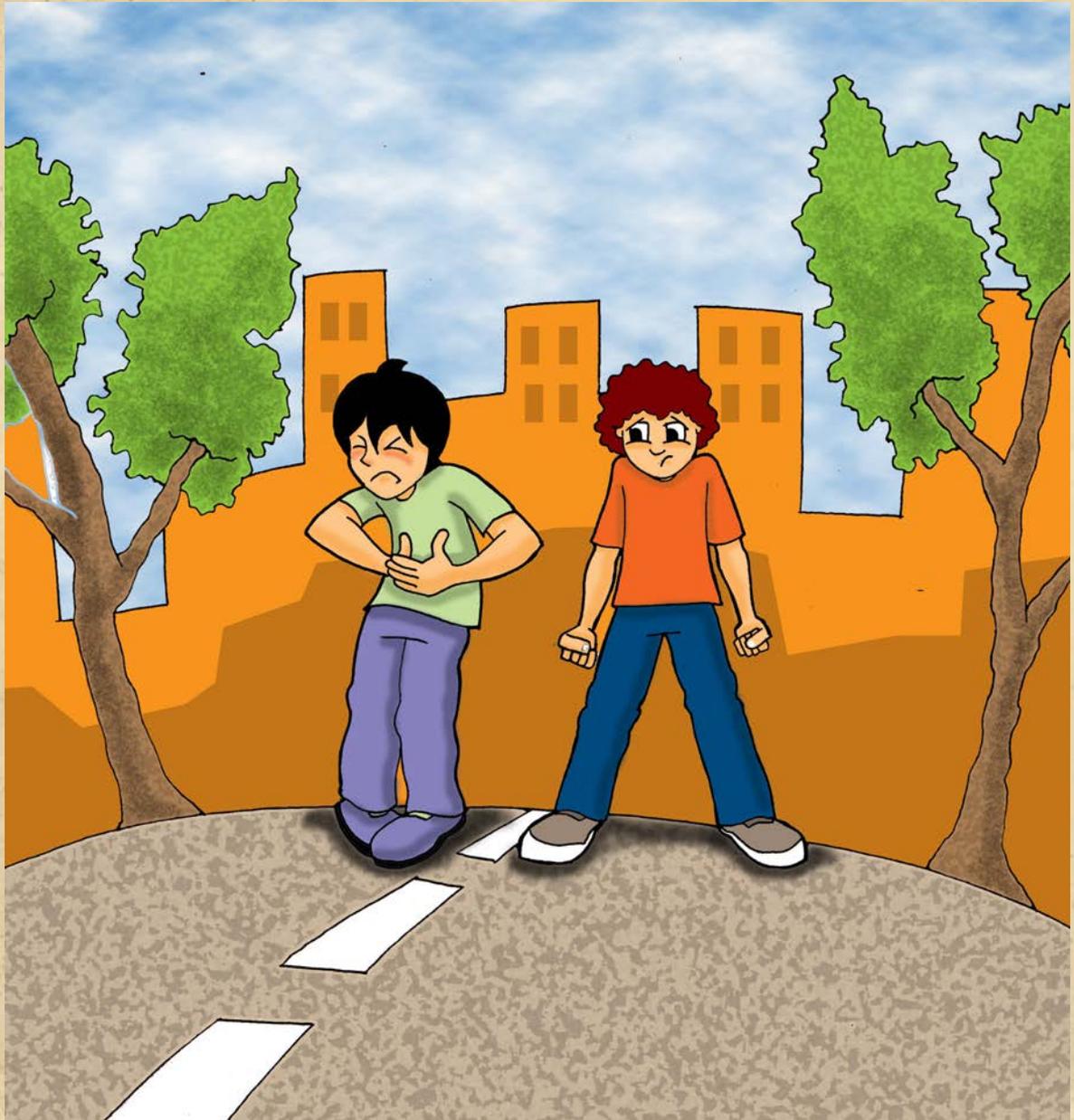


Resulta que cuando tenía seis (6) años, quizás la edad de algunos de ustedes, queridos lectores, no escuchaba a mi mamá cuando me decía que no comiera más. Sobre todo cuando comía dulces, me pedía que me controlara y parara porque podía hacerme mal y provocarme dolor de pancita.

Un día me estaba mirando fijamente mientras estaba comiendo. No dijo nada, en cambio yo, cuando terminé de comer, le comenté riéndome: “¡Viste, no me pasó nada, estoy genial!”.

Nuevamente había desobedecido a mamá y además me burlaba.

Al pasar el rato, mi panza empezó hacer unos ruidos muy raros; mi mamá me pidió que hiciera un mandado y como no me había portado muy bien, obedecí sin chistar y fui rápidamente al súper, acompañado de mi mejor amigo, que venía a buscarme para jugar.



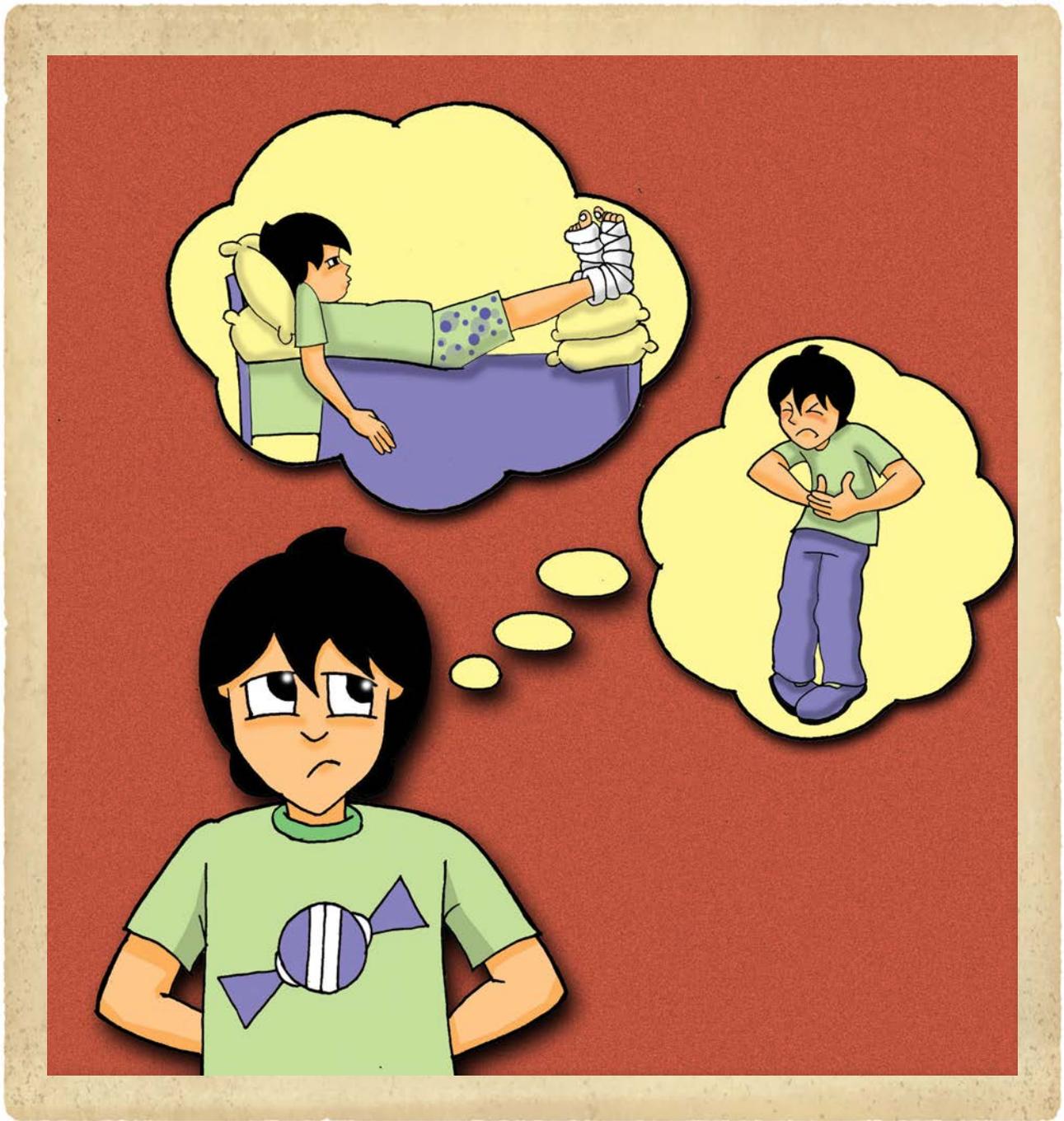
Al regreso, cuando faltaban sólo dos cuadras para llegar, comencé la carrera más larga y sudorosa de mi vida. Los ruidos de panza se convirtieron en dolores y entonces grité: “¡No llego, no llego!”. Mi amigo, apoyándome, me alentó: “¡Vas a llegar, corramos!”. Yo corría, pero era cada vez peor, hasta que faltando sólo unos metros para entrar en mi casa, la gran carrera se interrumpió. De pronto sentí que algo se deslizaba por mis piernas. Entré a mi casa caminando como un pato... ¡Imagínense porqué! ¡Qué vergüenza!

En otra ocasión, cuando tenía unos once (11) años, era un poco rebelde y me fui sin permiso a andar en bicicleta. Me encantaba hacer piruetas y probar mi vehículo para demostrar que era el mejor.



Un día, mientras íbamos con mis amigos a un parque, para demostrar mis habilidades, me solté del manubrio. La rueda delantera de mi bici pegó con una piedra que estaba en el camino. Yo perdí el control y, por poco, casi pierdo mis dientes también. Me lastimé toda la cara. ¡Guauuuu! Eso sí que estuvo peligroso. Mi madre no habló ni se enojó: el accidente había sido una lección más que suficiente.

Ese día aprendí que la desobediencia tiene graves y dolorosas consecuencias y entendí (para siempre) lo que mi mamá había intentado explicarme.



Aprender está de más

¡Cómo olvidarlo! ¡Imposible! Fue una experiencia inigualable, algo para recordar, la vez que mi madre me dijo con voz firme: “El lunes comienzan las clases y tú, pequeño caramelo, tendrás que ir”.

Grité: “¿Qué, qué?” No, no puede ser, soy muy chico para ir a la escuela, soy muy joven, hay cosas que no sé hacer, los niños se burlarán de mí, la maestra debe ser una bruja malvada, nadie la conoce y si te olvidás de ir a buscarme, voy a estar muchas horas en peligro. Me voy a sentir como sapo de otro pozo, como pez fuera del agua, como...

“¡Alto!”, interrumpió mi mamá, “No es para tanto, estás exagerando, la escuela es un lugar re lindo, donde aprendemos, compartimos, jugamos y hacemos muchos amigos”.



Desde que me dieron la terrible noticia mi corazón hacía más fuerte que nunca tucu tucu y taca taca, me sudaban las manos, me tambaleaba el mentón, pero por más nervioso que me pusiera no podía detener el tiempo.

Llego el día, la túnica bien planchada, la moñita azul bien puesta, los zapatos relucientes, tanto que hasta me podía mirar en ellos, todo estaba listo, menos yo.

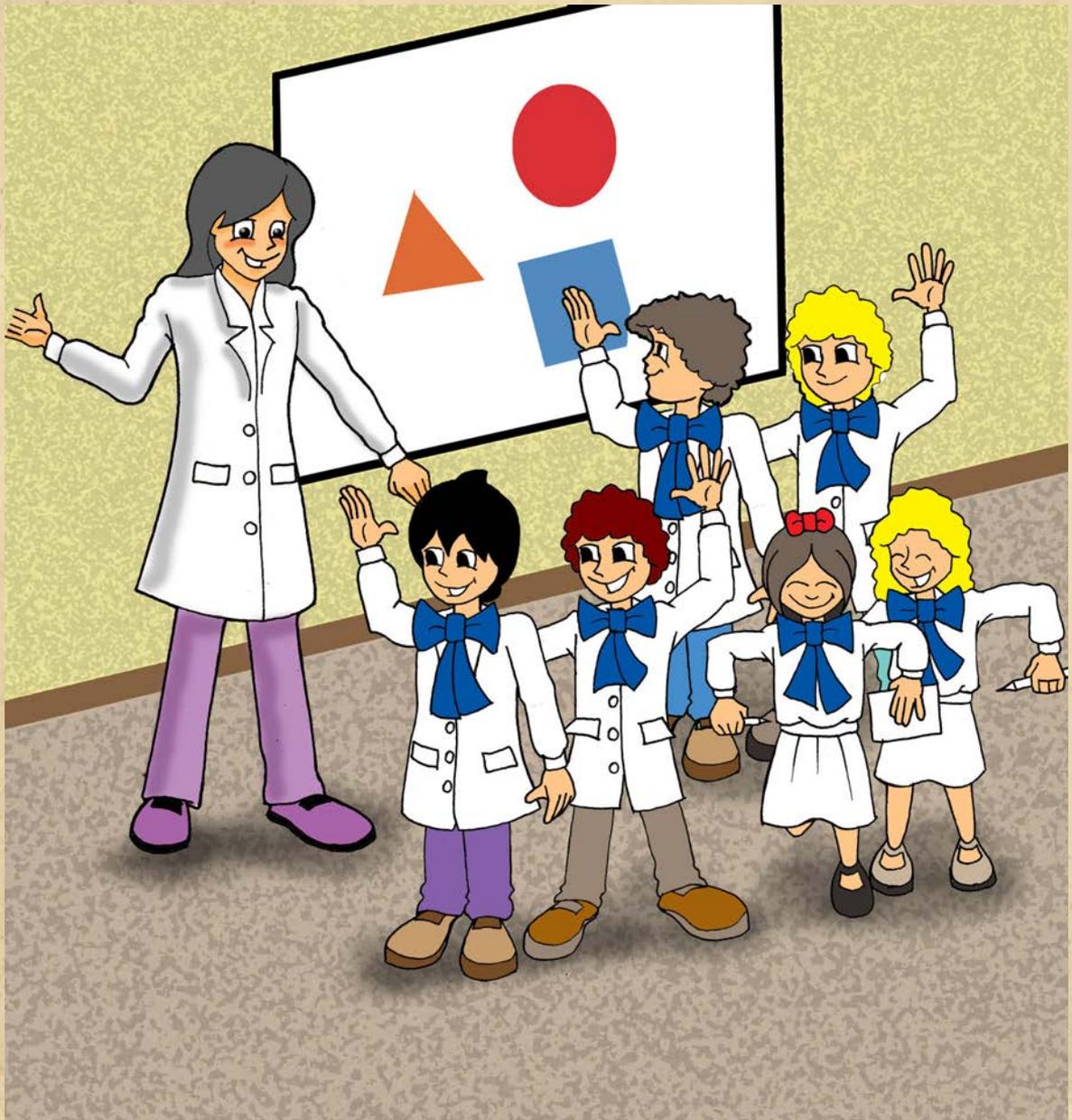
De pronto me subió la temperatura, mis mejillas quedaron coloradas y exclamé: “¡Estoy enfermo, debe ser algo incurable que no me permitirá ir a la escuela!”.



Mi madre, con mucha paciencia, me dijo que no tenía nada grave, que sólo estaba un poco nervioso y que eso no impediría que fuera a comenzar las clases.

Así que llegué, entré al salón que me correspondía y, para mi sorpresa, no encontré una bruja como yo pensaba, mi maestra era muy linda y me estaba esperando con una gran sonrisa, hasta tenía mi nombre anotado en una libreta. Muchos de los niños que conocí ahí se convirtieron en mis amigos, el recreo fue muy divertido y aprendí mucho en un solo día.

¡Ir a la escuela está genial!

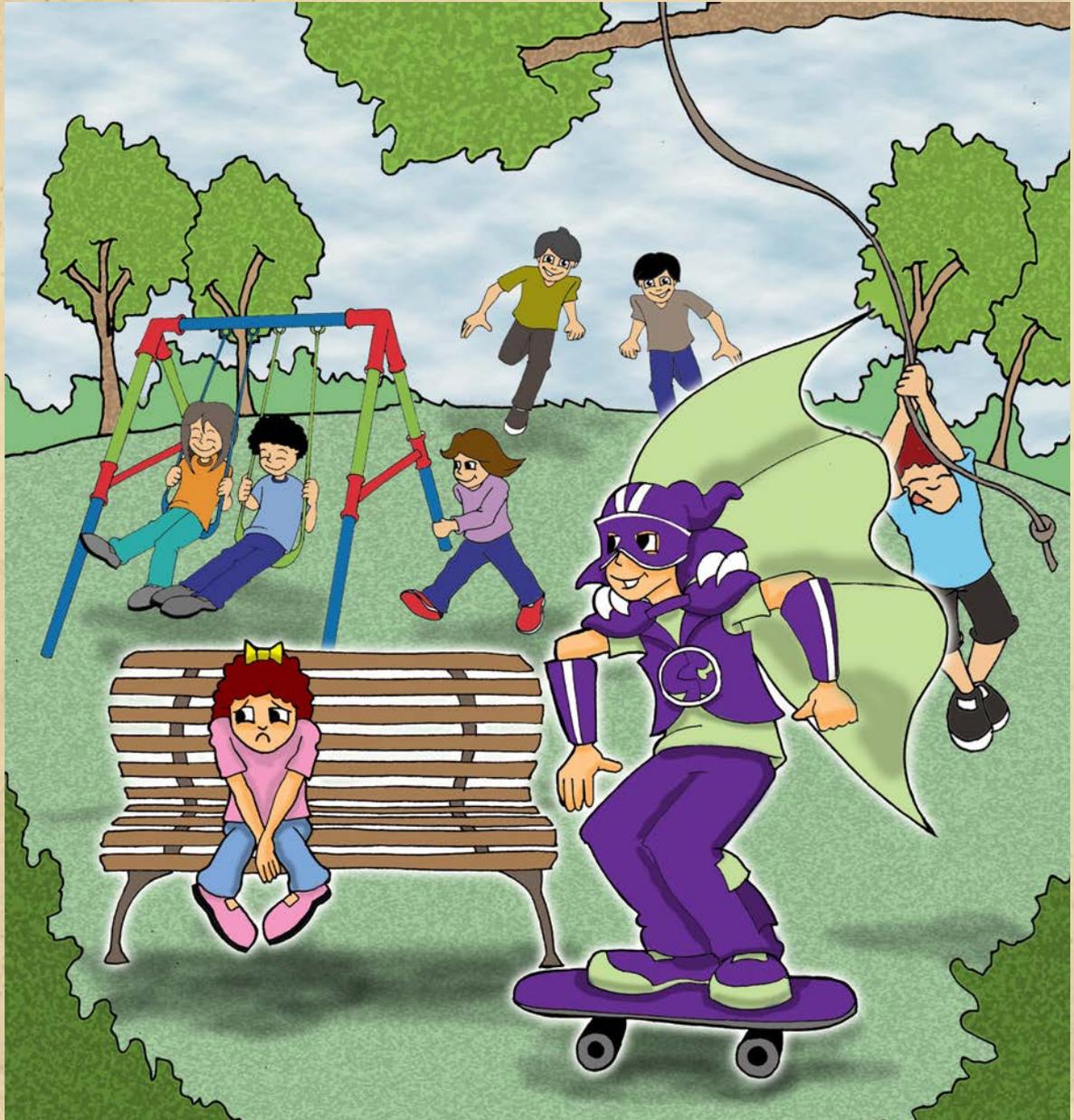


Eres tan especial

Una tarde caminaba por una plaza de juegos y me alegré mucho al ver tantos niños y niñas jugando y divirtiéndose pero no pude pasar por alto a una niña que estaba sentada con su cabeza entre sus piernas, triste y llorando.

Me acerqué y la saludé: “¡Hola, princesa, ajajá!”. “No soy princesa” me respondió y empezó a contarme que todo le salía mal, que se sentía fea, una basura, como una cucaracha, como trapo de piso... “¡Stop!, eso no es verdad”, exclamé.

“Pero si todo lo que hago me sale mal”, se quejó y yo le contesté que ese problema puede solucionarse.



Comencé a contarle la historia de un niño que pensaba como ella que, al nacer, lo había hecho sin brazo ni piernas. “¿Cómo?”, se sorprendió, “¡no es posible!

Sí, es real lo que te estoy contando, su nombre es Nick, cuando tenía ocho (8) años ya no deseaba vivir más, su corazón no hacía tucu tucu y un día le preguntó a Dios por qué lo había creado de esa forma; Él le respondió que iba a usar su vida para ayudar a muchos. Nick habla por celular, anda en patineta, puede nadar, cocina, hace de todo, mucho más de lo que tú y yo hacemos, recorre el mundo dando charlas de ayuda para chicos y grandes.



“¡Guauu! Es grandioso”, dijo mi nueva amiga.

“Dios tiene un propósito, es decir, un plan y tú, amiguita, no naciste porque sí, Él te formó en el vientre de tu mamá y te ama mucho, mucho, muchísimo, Él quiere ser tu amigo, tu salvador, acéptalo en tu corazón como un día Nick y yo lo hicimos”, le expliqué.

Con una gran sonrisa ella aceptó: “¡Sí! Lo recibo”.

Así que, como yo esperaba, nos alegramos y disfrutamos juntos el día que Dios nos regaló.



El amor es lo más grande

Al sonar ruidosamente mi súper caramelo-despertador: “Ring, ring, ring”, me levanté para detenerlo y respiré hondo, confiando en que comenzaba un gran día.

Mientras me preparaba para ir a trabajar observé que el sol brillaba, la temperatura era ideal, los pajaritos cantaban, las mariposas revoloteaban. Algo en el aire era diferente, ¡ajajá!, estábamos en primavera.

Parecía que todos los animalitos estaban enamorados y mirando hacia el cielo dije: ¿cuándo encontraré a mi media naranja?, ¿estaré toda mi vida solo?, ¿dónde estará mi esposa?, ¿quizás alguien la tiene atrapada en alguna parte del mundo y tengo que ir a rescatarla?, ¿la busco por Facebook?



Meditaba sobre estas cosas cuando me sorprendieron unos golpecitos en la puerta de mi casa, cuando abrí... todo quedó congelado a mi alrededor y, en ese momento, mi corazón empezó a latir más fuerte que nunca, se me hizo un nudo en la garganta, las piernas me temblaban, pensé que veía un ángel.

¡Sí! Era ella, la persona que yo había estado esperando veinte (20) años. Cuando me mudé a esa casa la había conocido, era una vecina del barrio, una gran amiga, a la cual siempre respeté mucho, hasta ese momento no había descubierto que éramos el uno para el otro.



Supé con seguridad que ella era la persona correcta, con quien iba a pasar el resto de mi vida.

Todo ocurrió tan rápido que, cuando quise acordar, ella estaba entrando a la iglesia, con un vestido espectacular, era una princesa.

¡Que súper, híper, mega, genial fue esperar tanto tiempo!

Valió la pena esperar. El amor es lo más grande.



Vestidas de blanco

Pun, pun...pun, pun...pun, pun, si tu corazón está latiendo agradece a Dios porque esto significa que tienes un día más para compartir, aprender, jugar, reír y tantas cosas más; hay que aprovechar al máximo la vida.

Una vez me encontraba en el patio de un colegio al que había ido dado a dar charlas para los más pequeños y disfrutaba al verlos jugar y divertirse en el recreo. De pronto escuché algo que me sorprendió mucho. Un grupo de niños y niñas opinaban sobre el matrimonio: “No, no, no. ¡Nunca voy a casarme!”, “Yo tampoco, jamás”, “Y yo menos” decían una y otros y los demás les daban la razón. Entonces les pregunté por qué pensaban de ese modo...



“Todos los hombres son iguales”, respondió una de las nenas, otra compañera añadió: “Es sólo para sufrir” y uno de los varones agregó que las parejas “pasan de pelea en pelea”.

Por eso me atreví a preguntarle al grupo cuántos de ellos tenían sus padres separados: de los diez (10) niños, siete (7) me respondieron que sus papás se habían divorciado. ¡Oh, no! ¡Rayos y centellas centellantes! Les conté que yo decidí casarme y que no pensaba separarme: “Tengo un compromiso con mi esposa y pase lo que pase siempre vamos a estar juntos”.

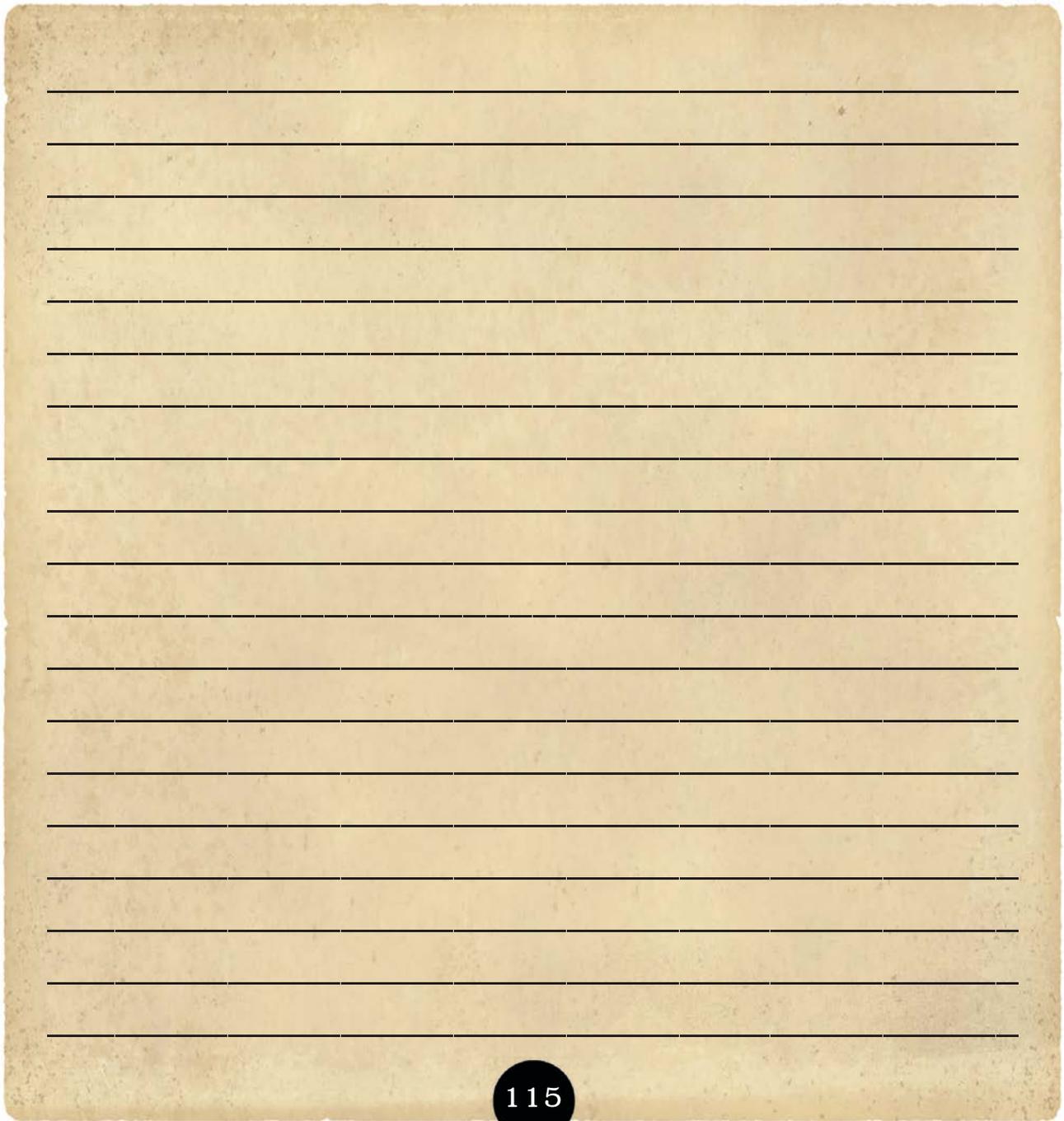


Les expliqué que quedarse soltero (o separarse) no es una buena solución y que si nuestros padres fracasaron eso no significa que nosotros tengamos que pasar por lo mismo. A todos se les iluminó el rostro, fue como si recibieran una inyección de esperanza, las niñas comenzaron a imaginarse el día de su casamiento, vestidas de blanco, con un esposo bueno, que las amaría y cuidaría; los chicos también se alegraron, pues podrían ser ellos esos esposos contentos que las recibirían en la iglesia, vestidas así, tan lindas.

Empezaron a hacerme preguntas sobre mi matrimonio, respondí a cada una de ellas y se dieron cuenta de que no era como ellos afirmaban y se atrevieron a creer.

Y a ti, que estás leyendo este libro, te animo a que también puedas hacerlo.







Reconocimientos

Con todo mi amor, dedico este libro a mi amiga y esposa, Viviana y a nuestro hijo Tadeo, los regalos más lindos que Dios me dio.

Más que agradecer, a mi familia, especialmente a mis padres, Milka y Roberto y a mis hermanos, Jonathan y Ana Karen, quiero decirles que ¡los amo!

¿Cómo olvidarme de mis amigas Vivi y Bety, con las que trabajamos años para bendecir con nuestro ejemplo a tantos niños?

A ellas, a todo el equipo de Chiquivida, y a los jóvenes que lideramos en los hogares Beraca... ¡gracias!

A mis pastores, que han invertido su tiempo, su paciencia y su vida para marcar la mía, en particular al Apóstol Jorge Márquez.

A los niños, por quienes cobra sentido este libro y todo lo que hacemos.

Y un réquete mega súper ultra híper y singular agradecimiento al que logra que mi corazón haga tucu tucu y mi pecho taca taca: el Señor Jesús.

